

HEIDI
PERKS



BAJO
LA
SUPERFICIE

Título original: *Beneath the Surface*
Published by RedDoor
www.reddoorpublishing.com

Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2018

© Heidi Perks, 2015
© traducción: Valentina Reyes, 2018
© de esta edición: Algaida, 2018
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-16691-72-2
Depósito legal: SE. 2421-2017
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

ABRIL DE 2001

Uno.....	13
Dos.....	22

CATORCE AÑOS DESPUÉS. JUNIO DE 2015

Tres.....	29
Cuatro.....	43
Cinco.....	56
Seis.....	68
Siete.....	76
Ocho.....	89
Nueve.....	100
Diez.....	116
Once.....	129
Doce.....	138
Trece.....	148
Catorce.....	159
Quince.....	170
Dieciséis.....	181
Diecisiete.....	193

Dieciocho	206
Diecinueve	219
Veinte	227
Veintiuno	243
Veintidós.	258
Veintitrés	264
Veinticuatro	267
Veinticinco	277
Veintiséis.	282
Veintisiete.	293
Veintiocho	301
Veintinueve.	306
Treinta	315
Treinta y uno	328
Treinta y dos.	335
Treinta y tres.	344
Treinta y cuatro	347
Treinta y cinco	356
Treinta y seis.	359
Treinta y siete.	366

TRES MESES DESPUÉS

Treinta y ocho.	375
Treinta y nueve.	388
Cuarenta.	400
Agradecimientos	413

*Para mi maravillosa familia:
John, Bethany y Joseph*

*Y para mi madre, ¡que, por suerte,
no se parece en nada a las madres
de este libro!*

ABRIL DE 2001

UNO

ABIGAIL NO SUPO CÓMO RESPONDER AL POLICÍA. ERA una pregunta sencilla, y se la había hecho con la cabeza inclinada a un lado y el bolígrafo suspendido sobre la libreta como si esperara una contestación rápida. Pero el caso es que ella no sabía si en las últimas semanas algo había ido mal. Porque, en realidad, no recordaba un momento en que nada fuera bien.

Al ver que no pronunciaba palabra, él se pasó el pulgar por el rasposo mentón, echó una ojeada a la mujer policía que estaba a su lado y alzó un poco las cejas como diciendo: «¿Y ahora, qué?». La policía no se inmutó y no apartó la mirada de Abigail. Era ella la que hacía casi todas las preguntas, la que parecía estar al mando, igual que la primera vez que se habían visto, dos semanas antes. Abigail los había reconocido a los dos al abrir la puerta, y sospechó que ellos a ella también, aunque nadie dijo nada.

—Vale —intervino la policía sin alterar la voz, inclinándose hacia Abigail—. Vamos a repasarlo otra vez. Cuan-

do volviste del colegio, cuéntanos qué pasó. ¿Notaste que algo estaba distinto? ¿Alguna cosa?

Abigail se encogió de hombros.

—No sé. Me figuro que algo no estaba normal.

—¿Qué quieres decir con que no estaba normal?

—preguntó la mujer en tono tranquilo.

—Bueno, ellas no estaban aquí —explicó Abigail—. Siempre están aquí. Mi madre siempre está en la cocina, y, normalmente, las niñas están jugando con los juguetes o viendo la televisión cuando vuelvo del colegio. Así que creo que era raro que no hubiese nadie.

La policía asintió con la cabeza.

—¿Y qué hiciste cuando te diste cuenta de que no estaban en casa?

—Nada del otro mundo.

El policía inspiró. Al ver que se ponía colorado, Abigail se imaginó que había hecho más ruido del que pretendía.

—Vale, Abigail —repuso la mujer, lanzándole una mirada a su compañero—. Revisemos todo lo que hiciste, desde el instante en que entraste y viste que no había nadie. Cuéntame todo lo que ocurrió desde ese momento.

A Abigail no le gustaba volver del colegio. Sólo de pensarlo se le secaba la boca y se le revolvía el estómago. Ese mismo día se había apuntado a ayudar a los críos más pequeños en la función escolar únicamente porque, así, tres días a la semana regresaría más tarde. Sólo una cosa le encanta-



ba de llegar a casa, y eran las niñas, que siempre se ponían contentísimas de verla.

Todas las tardes pasaba lo mismo. Abigail hacía girar la llave en la cerradura y oía chillar a las niñas: «¡*Ai-gai mene, Ai-gai casa!*!», mientras acudían a la puerta como centellas, peleándose por recibir achuchones. Entonces las cogía en brazos a las dos, las abrazaba y les plantaba besos en las suaves cabezas, y después ellas se iban corriendo a jugar o volvían a sentarse a ver la televisión. Luego su madre preguntaba desde la cocina, con aquel tono de voz frío y mortecino: «¿Eres tú?», y Abigail pensaba: «Ya sabes que soy yo, acabas de oírles decir mi nombre», pero en vez de eso respondía: «Sí, soy yo». Por lo general, ésa era toda la conversación que mantenían hasta la hora de la merienda, cuando su madre o bien seguía ignorándola o bien la asae-teaba a preguntas, por lo general acusaciones mal disimuladas. Hasta la hora de merendar costaba saber de qué humor estaba, de modo que Abigail procuraba no cruzarse en su camino.

Las últimas semanas su madre hablaba cada vez menos con ella y parecía siempre distraída. No paraba de dejar caer cosas, a menudo un plato de comida que se le resbalaba de las manos y se estampaba con estrépito en el suelo, haciéndola volver a la realidad con un respingo. En una ocasión Abigail se fijó en que tenía la mirada clavada en la sopa de tomate que burbujeaba sobre el quemador, con una mano apoyada en el lado de la olla. Cuando estaba a punto de decírselo, de pronto su madre dio un grito, apartó la mano y miró atónita las rojas marcas de quemadura que aparecían en su palma. «¿No vas a meterla en

agua fría?», le preguntó Abigail. «Ah, sí», contestó ella, distraída, como si no se le hubiera ocurrido siquiera semejante cosa.

Abigail sacudió la cabeza al pensarlo. Aquella escena retrataba a su madre: siempre en la luna.

Pero esa tarde no hubo chillidos de «¡Ai-gai casa!», ni estruendo de la televisión ni ruido de platos en la cocina. Todo estaba en silencio. Con un suspiro de alivio, Abigail dejó caer la mochila en el suelo y apoyó la espalda en la puerta hasta oír el chasquido del pestillo. No recordaba ni una sola vez en que al volver del colegio se hubiera encontrado con aquello: con la nada.

«¿Mami?», dijo mientras se dirigía hacia la cocina, mirando dentro de la sala al pasar. «¿Peter?», gritó, aunque sabía que no era probable que su padrastro estuviera allí. «¿Hay alguien?», llamó, más fuerte.

Al principio sintió una pequeña burbuja de emoción por tener la casa para ella y, tras coger una lata de Coca-Cola del frigorífico, entró en la sala, se puso a zapear y se quedó en la MTV. Apoyó los pies sobre la limpiísima mesita auxiliar, algo absolutamente prohibido, y dejó la lata en la repisa que tenía al lado sin molestarse siquiera en buscar un posavasos. «Sí», se dijo, «esto es un chollo».

Pero al cabo de un rato de ver la televisión sin pensar en nada, se sintió inquieta. Era tan extraño que no hubiese nadie en la casa que estaba incómoda. Sin las niñas, en la habitación había demasiado silencio, y de repente experimentó un irresistible deseo de tenerlas allí, acurrucadas en el sofá a su lado. ¿Y si había pasado algo? Miró el reloj. ¿Le habría dicho su madre adónde iban, pero no le había echado cuenta?



Para entretenerse sacó un cuaderno de la mochila y se puso a ojear las páginas. Había muchísimos deberes ese trimestre pero le daban una pereza enorme. Tras buscar un bolígrafo color rosa vivo, se puso a hacer una lista de todas las cosas que debería estar haciendo. Aunque no merecía la pena empezar ninguna, porque las niñas no tardarían en llegar y se pondría a jugar con ellas hasta la merienda.

Sin embargo, por supuesto, eso significaba que su madre volvería también.

Dejó de escribir y le puso de nuevo el capuchón al bolígrafo; ahora que pensaba otra vez en su madre no podía concentrarse en la lista.

A estas alturas su madre debía de haber recibido el boletín escolar, y no contenía mejores noticias que al principio de curso. Entonces la cosa había terminado en bronca. «Mira qué asignaturas tan ridículas has elegido», comentó su madre, tirando la cartulina sobre la mesa. «Y, para colmo, ni te tomas la molestia de estudiarlas». Abigail ya tenía pensado lo que le diría esta vez: que no había posibilidad ninguna de que le fuera bien si ella le arrancaba hasta la última pizca de confianza que tenía. Esa frase se la había sugerido Cara, y le encantaba la idea de usarla.

Aunque no estaba del todo segura de que su madre se dignase siquiera a leer el último boletín. Y, si lo leía, no estaba segura de que fuera a mostrar alguna reacción. Casi se imaginaba su mirada vidriosa pasando por el boletín antes de dejarlo con cuidado otra vez sobre la mesa y volver a lo que estuviera calentando en el horno. A veces le entraban ganas de darle un golpecito en la cabeza y preguntar si había alguien allí dentro. Cuando la semana anterior soltó

una palabrota en la cena, su madre apenas levantó una ceja, y fue Peter quien dio un puñetazo en la mesa y le dijo que tuviera cuidado con lo que decía. Luego, la noche que dijo que iba a salir a las diez y media, su madre ni siquiera apartó la vista de la cacerola que estaba frotando con afán. En la casa reinaba la misma afabilidad de siempre, el mismo amor habitual, pero los comentarios escaseaban más, se hacían menos preguntas, ya casi ni existían las peleas. De hecho, cuanto más pensaba en ello más se daba cuenta Abigail de lo que podría responder a la anterior pregunta del policía, porque, en realidad, las cosas habían sido muy distintas en aquellas últimas semanas.

—A lo mejor ahora que has cumplido diecisiete años ella ya sabe que tienes edad suficiente para hacer lo que quieras —le había dicho Cara ese mismo día—. Ya sabes, en plan de dar marcha atrás porque somos adultas —añadió, al tiempo que asentía con la cabeza en un gesto cargado de sabiduría.

Pero Abigail no estaba de acuerdo. Sabía que lo más probable era que su madre se hubiera rendido. Últimamente debía de haber estado tan centrada en las niñas o en otra cosa que ella había bajado aún más en su lista de prioridades.

—¿No te alegras de que te deje en paz? —le había preguntado Cara.

—Sí, claro —contestó Abigail, riendo.

Pero la verdad era que no se alegraba; prefería que le gritaran a que la ignoraran porque, al menos, así no se sentía invisible.

Fue al final del cuaderno, sacó una estrujada fotografía de su padre y la estiró, pasando los dedos por las arru-



gas que le desfiguraban la cara. Era la única foto que tenía de su querido padre. Las cosas serían muy distintas si él viviese aún. Para empezar, su madre no se habría casado con Peter. Su padrastro no aguantaba a Abigail. Estaba claro que sólo la consideraba una molestia. Y Abigail estaba segura de que su pelo castaño oscuro y su piel morena, herencia más que evidente de su padre, no hacían sino recordarle a Peter que ella no era de su sangre.

La hora de la merienda de las niñas pasó. Era algo que nunca se saltaba en aquella casa, y durante la semana las niñas nunca comían fuera. Existía la leve posibilidad de que hubieran salido, o incluso de que hubieran ido a casa de una amiga, aunque no era probable. Su madre tenía pocas amigas, y menos aún de las que fuesen a invitarlas a merendar.

Los canales de televisión relampagueaban frente a Abigail mientras le daba otra vez al mando a distancia, pero no podía concentrarse. El ruidoso tictac de los minutos desfilaba en el reloj de la repisa de la chimenea. Seguía sin haber ningún indicio de que se acercaran por el sendero.

A las seis en punto apagó el televisor y se trasladó al asiento de la ventana salediza. Aún era de día en el exterior. Se planteó dar una vuelta a la manzana, sólo por si las veía volver, porque las seis era la hora del baño de las niñas, y nunca se lo saltaban.

Echó a un lado los anticuados visillos de red de su madre para ver mejor. Al tocarlos, el alambre que los suje-

taba se cimbreado. Se dijo que sólo haría falta un buen tirón para echar abajo todo aquel montaje.

Sus ojos observaron la hilera de casas pareadas del otro lado de la calzada, pero sólo pudo ver hasta el número 24. Después la calle torcía hacia la derecha, y el roble que se alzaba en el jardín delantero de los vecinos ocultaba el resto de la calle. La ventana del dormitorio de su madre tenía mucho mejor vista. Decidió mirar desde allí, pero sólo un instante, por si volvían. A pesar del malestar que notaba en la boca del estómago, le fastidiaba que su madre supiera que estaba preocupada por ella.

«¿Mami?», dijo de manera automática al llegar a la puerta del dormitorio. Como era de esperar, no hubo respuesta, de modo que abrió con cuidado y echó un vistazo antes de entrar. Allí había algo raro, aunque de momento no supo qué.

Estaba junto a la cama de su madre, pasando los dedos por la funda azul pálido del edredón, cuando se dio cuenta de que faltaba el cubrecama, el de ganchillo que había hecho su tía como regalo de boda cuando su madre se casó con su padre de verdad. Su abuela paterna, desde luego; la madre de su madre jamás levantaría un dedo para hacer ganchillo.

¿Significaba algo su ausencia? Sin saber por qué, le pareció que sí. Salió de la habitación hasta el descansillo, y desde allí vio su dormitorio y el cuarto de baño. Ambas puertas estaban abiertas, y no tuvo que entrar en ellos para asegurarse de que todo parecía normal.

—Estás idiota, Abigail —dijo en voz alta por encima del golpeteo de su pecho.



«Y entonces, ¿cómo es que te has puesto tan nerviosa?», respondió en un susurro la voz de dentro de su cabeza.

El cuarto de las niñas estaba cerrado. No simplemente entornado, sino que alguien se había tomado la molestia de cerrarlo bien. Abigail notó que tenía las manos húmedas y frías al posar una sobre la puerta, donde unas letras de madera formaban los nombres «Lauren» y «Hannah». Rezó para que su reacción fuera exagerada; seguro que era eso. Aun así, contuvo el aliento mientras, despacio, empujaba la puerta y la abría.

Con independencia de lo que hubiera esperado encontrarse, vio otra cosa. Se llevó una mano a la boca al tiempo que con la otra se agarraba fuerte al marco de la puerta, y el cuerpo se le paralizó; las piernas amenazaron con doblársele. Mientras miraba de hito en hito el dormitorio de las pequeñinas, se le erizó el vello de los brazos.

Dos

ABIGAIL COGIÓ EL PAÑUELO DE PAPEL QUE LE OFRE-
cía la policía. Se enjugó los ojos y se sonó la nariz
con manos temblorosas. No se había dado cuenta
de que estaba llorando hasta que no vio que la mujer cogía
la caja de pañuelos de papel de la repisa de la chimenea y
sacaba uno.

El policía terminó de garabatear en el cuaderno y alzó
la mirada hacia ella.

—¿Así que no ha sabido nada en absoluto de su ma-
dre? —preguntó.

—Claro que no.

—Ni una nota ni un...

—No —lo interrumpió Abigail—, ya se lo he dicho,
nada.

La policía levantó una mano, un gesto que evitó que
el policía le preguntara más. Él se encogió de hombros y se
echó atrás en la silla, al tiempo que se pasaba una mano por
el pelo, que llevaba de punta y con gel. Entonces la policía



volvió a hablar y a hacerle más preguntas, unas preguntas que, dadas las circunstancias, parecían inútiles.

—Abigail, ¿se te ocurre algo más —dijo por último—, cualquier cosa que pudiera ayudarnos a reconstruir esto?

En medio de un pesado silencio, esperaron a que Abigail hablara.

—Abi —respondió por fin—. Me llaman Abi.

La policía hizo un gesto afirmativo.

¿Qué debía decir? Abi podría contarles muchísimas cosas. Como que no se fiaba de su padrastro, que detestaba a su controladora abuela, o que su madre estaba tan loca que tal vez se hubiera tirado con el coche por un acantilado. Al final, sencillamente, añadió:

—Está claro que mi madre me odia.

El policía la miró con las cejas levantadas. Parecía deseoso de concluir aquel asunto. La primera vez que lo vio, cuando detuvieron a Tasha por robar en una tienda, a Abi ya no le había gustado. Iba con Tasha en ese momento, pero a ella no tuvieron más remedio que soltarla pues era evidente que no tenía ni idea de que su amiga se hubiera guardado seis paquetes de cigarrillos. En esa ocasión él le había lanzado una rápida mirada que parecía decir: «Tengo cosas mucho más importantes que hacer que perder el tiempo con crías como tú». Abi se preguntó por qué habría elegido aquel hombre entrar en el cuerpo de policía, si estaba claro que su trabajo le resultaba un aburrimiento.

—Vale —dijo la mujer finalmente—. Cuéntanos qué pasó después. Cuando abriste la puerta, ¿qué hiciste?

A Abi le palpitó el corazón al recordarlo. ¿Que qué hizo? Les respondió que no hizo nada, que se limitó a mirar. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? Cuando se asomó a la habitación lo vio todo y no vio nada. Todo había desaparecido. No quedaba nada.

Hasta el último juguete, hasta el último dibujo... hasta la última chuchería que las niñas habían acumulado en sus dos años y medio de vida había desaparecido. Los edredones de algodón rosa con las hadas bordadas, la lámpara que proyectaba sombras de mariposas en el techo, los libros de princesas que Abi les leía todas las noches, el juego de té de porcelana azul pálido que ella les había encontrado en una tienda de beneficencia, la casa de muñecas que el padre de Abi le había hecho de pequeña... No había ni rastro.

Miró de hito en hito la habitación. Los colchones sin vestir, los cajones de la cómoda abiertos, mostrando su vacío, sin los vestiditos, los pijamas y todo lo demás que solían soltar. Era el hueco cascarón de un cuarto que aquella misma mañana había estado lleno del sonido de la risa de las niñas.

La existencia de las niñas se había eliminado por completo del dormitorio. Era como si nunca hubieran estado allí. Y en ese instante Abi reparó en una cosa que casi no se veía, remetida detrás de una de las camas. Encajado contra la pared estaba Ted, el osito azul de Hannah que ella le había regalado cuando nació. El osito azul con el que Hannah dormía todas las noches. Tras liberarlo de un tirón Abi estrechó a Ted contra su pecho y lloró, porque, en el fondo, ya sabía que se habían marchado todas y que a ella la habían dejado.



—Y entonces, ¿qué crees *tú* que ha sucedido? —le preguntó la policía.

—Se han ido —respondió Abi—. Mi madre se ha ido para separarlas de mí.

El policía se removió en la silla y observó a Abi. Por un momento un aire de escepticismo pasó por su rostro, pero enseguida tosió y reajustó sus facciones para adoptar un gesto inexpresivo.

Sin embargo, Abi sabía qué había sucedido; lo que no sabía era el porqué. Y eso le resultaba insoportable, pues no tenía ni idea de dónde estaban las niñas ni, peor aún, de cuándo volvería a verlas. Nunca había pasado más de una noche lejos de ellas.

—¿Se te ocurre adónde pueden haber ido?

La pregunta de la policía interrumpió sus pensamientos.

Abi negó con la cabeza. No tenía ni idea y tampoco lo entendía. ¿Por qué se marchaba su madre y se llevaba a las niñas, y a ella no? ¿Por qué no le había dicho que iban a irse, aunque no pretendiera llevarse a Abi?

—Quizá podríamos ir a ver el dormitorio —sugirió la policía.

Abi asintió con un gesto y se levantó justo cuando sonó el timbre de la puerta, que los sobresaltó a todos.

—¿Esperas a alguien?

—No —contestó Abi, al tiempo que se acercaba a la ventana a mirar—. Oh, es mi abuela.

Se le cayó el alma a los pies. Ignoraba qué hacía Eleanor allí, pero no dudó de que su presencia no haría más

fácil la situación. En realidad, se dijo que el sentido de la oportunidad de su abuela no podía ser peor. ¿A qué había venido?

—¿Ah? —la mujer parecía interesada—. ¿Quieres que abra yo la puerta? —preguntó, cuando volvió a sonar el timbre sin que Abi se moviera.

—No, ya voy yo.

Abi salió de la habitación al vestíbulo. Sabía que todo cambiaría en cuanto Eleanor entrara en la casa.

—¿Qué te parece? —Oyó que susurraba el policía—. Aquí hay algo raro. ¿Tú crees que se lo está inventando? ¿Que no se han ido de vacaciones y ya está?

—¿Cargando con todo? —repuso la policía—. No me cuadra. Oh, no sé... —añadió, suspirando—. Vamos a ver qué tiene que decir la abuela.

Abi sabía por qué pensaban que aquello les parecía raro. ¿Cómo no iban a pensarlo? Porque ninguna madre dejaría sin más a su hija y se llevaría consigo a las dos más pequeñas, ¿verdad? ¿Quién en su sano juicio haría tal cosa?

